

bendice tambien á mi Canadá, tan fiel siempre para honrarte y alabarte; bendice á las dos Américas que te aclaman; bendice al Jefe augusto de la Iglesia que reclama con tanta justicia la libertad necesaria para gobernar á su grey, que os glorifica por medio de su ilustre delegado.

Benedicid al venerable y distinguido sacerdote que con su celo infatigable y energía ha contribuido tan eficazmente á ensanchar y á restaurar vuestra soberbia Colegiata y que dentro de pocos dias recibirá la unción episcopal.

Sin vos perecería el mundo. Los dias son malos; tristes presentimientos nos dominan. ¡Oh abogada nuestra, escuchad los ruegos que lanzamos desde el fondo de nuestro valle de lágrimas! Sois la Reina del Universo, conducid, pues, las naciones hácia Jesucristo; así dareis á las sociedades la más noble corona, su corona de piedras preciosas que es Jesucristo vuestro Hijo.

Nuestro único consuelo al abandonar este bendito Santuario, á donde hemos tenido la felicidad de venir á orar varias veces, será la esperanza de veros en el cielo. Dignaos conducirnos algún dia, á esa mansión celeste y mostrarnos la corona que ciñe vuestra frente immaculada; dignaos sobre todo mostrarnos á Jesús, fruto bendito de vuestras entrañas; á Jesús, la corona de todos vuestros elegidos y nuestra eterna recompensa.

Amen.

HERMOSA ALOCUCION.

(Concluye).

“¡Pobres, primicias de la Redención, primogénitos de la familia cristiana, hijos predilectos de nuestro Padre que está en los cielos, ya que tan opulentos sois en gracias y tanto valeis ante el acatamiento del Señor, tened á vuestra vez compasión de nosotros los mendigos del alma y dadnos

una limosna por amor de Dios! No nos olvideis por piedad en vuestras oraciones y los que lleguéis de vosotros antes que nosotros á la eternidad, rogadle al Señor que en el dia tremendo de su justicia no se acuerde al juzgarnos más que de su misericordia, que nos perdone al ver nuestro pedazo de pan en vuestras manos, al escuchar todavía en vuestro oído, el eco de nuestras sinceras palabras de consuelo y al encontrar en vuestros corazones los más tiernos afectos de nuestro amor.

“Rogadle ahora y entonces, que nos ponga del lado de los benditos de su Padre. EL lo tiene dicho y primero caerán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse ni un ápice de su palabra eterna: “*Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, estaba desnudo y me vestisteis.*”

Defunciones.

El día 18 del pasado falleció en Atotonilquillo (Zacoalco) el Sr. Pbro. D. Camilo Castellanos.

El día 24 del mismo, murió en Aguascalientes el M. R. P. Dieguino Fr. Antonio Boneta, encargado de aquella Iglesia de S. Diego.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.-D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruero.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 22 DE 1896.

NUM. 28.

Seccion II.

Disposiciones de la Arquidiocesis de Guadalajara.

Circular del Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de Guadalajara.—Aunque, gracias á Dios, ha habido siempre en esta Arquidiocesis, que la Providencia divina nos ha encomendado para regirla y apacentarla, un Clero observante, en lo general, de todas las disposiciones canónicas y diocesanas; ha llegado á nuestro conocimiento que algunos sacerdotes, por olvido quizá de una de esas disposiciones, por un celo exagerado, ó por otros motivos más ó menos disculpables, suelen quebrantarla, por más que se trate de una materia sobremana delicada, como es la relativa al confesonario de mujeres en los templos, prohibido después de la puesta del Sol y antes de su salida.

A Nos toca corregir ese abuso ya indicado, cualquiera que sea su procedencia, de confesar mugeres á horas prohibidas, y esa infracción contra la reverencia debida al Santo Sacramento de la Penitencia, la cual infracción dá origen á escándalo por parte de los fieles, á peligros de ruina espiritual por parte de los mismos sacerdotes y los penitentes, á causa de la fragilidad humana, y á murmuraciones por parte de los enemigos de nuestra Sacrosanta Religión, quienes contra nada

se ensañan tanto como contra este propio Sacramento, porque ven su admirable virtud para atraer y convertir las almas á N. S. Jesucristo y librarlas del poder del demonio; á Nos toca, repetimos, poner remedio á ese mal, mandando, como por la presente mandamos, que se observe rigurosamente en esta Arquidiocesis lo dispuesto por la Sagrada Congregación de Obispos, en estas palabras: *Confessarii sine necessitate audire non debent mulierum confessiones post crepusculum vespertinum et ante auroram* (21 Januarii 1620).

Nuestros dignísimos predecesores, de santa y grata memoria, en el Gobierno de esta S. Mitra, como los Sres. Cabañas, Aranda y Espinosa, ya en sus Circulares, ó ya en sus Mandatos generales de Visita, vigilaron siempre por la estrecha observancia del mencionado Decreto, y Nosotros, á ejemplo de tan distinguidos Prelados, y estrechados por nuestro propio deber y por nuestra conciencia, en un punto tan delicado como el que se versa, recordamos y renovamos en todo su vigor aquellas mismas Circulares y Mandatos, dictados por la más alta sabiduría y prudencia, y esperamos de la docilidad, rectitud y buen espíritu de nuestros sacerdotes, que serán fielmente cumplidas y observadas, lo mismo que lo dispuesto á este respecto en el Manual de Párrocos aquí vigente, de tal manera que no tengamos que lamentar en lo sucesivo ningún caso de infracción, en un asunto como éste, de tanta trascendencia, ni que vemos precisados á imponer la pena merecida al delincente.

Dios Nuestro Señor guarde á Ud. muchos años. Guadalajara, febrero 10 de 1896.—
✠ PEDRO, Arzobispo de Guadalajara.

ta conversión de las razas? Ciertamente es que hubo apóstoles de abnegación edificante, á quienes no detenían ni la aspereza de los montes, ni lo escabroso de las sierras, ni las profundidades de las barrancas, hombres que llevan un Cristo por armadura y un celo abrazador por alimento; pero también es cierto que las frecuentes crueldades del vencedor, la avaricia casi sin freno de unos, la ambición desmedida de otros y el desenfreno voluptuoso de algunos, no eran auxiliares muy poderosos para la evangelización de los indios. Por esto, á proporción que avanzaban los tiempos, los ánimos se entristecían, los corazones de vencedores y vencidos se alejaban, la desconfianza cundía, y por todas partes un odio sordo hervía amenazador en los pechos mexicanos; mas vino el año de 1531; llegó el mes de la Inmaculada; amaneció el sábado nueve, y entonces se realizó un prodigio que alborozados contemplaron los Cielos. "Hijo mío Juan Diego, á quien amo tiernamente como á un pequeñito y delicado" resonó en las montañas, haciendo eco en seguida en el corazón de un dichosísimo neófito. Quien así hablaba era María la Madre de Dios y un indio, quien era tratado tan tierna y cariñosamente.

¡Santo Dios! ¿qué es lo que hizo aquí jugueteando, el poder de tu brazo? Amante madre, ¿á qué realizar tan admirable portento? ¿por qué si quisiste hacer sentir tu influencia poderosa, no buscaste caballeros de prendas relevantes, conocidos y reverenciados y atendidos? por qué si no estaban escasos tus siervos, ni agotados tus nobles servidores, no depositaste tus palabras en ellos y á los mismos intimaste tu voluntad soberana? ¡Ah, tú lo dijiste, Señora: porque importaba que un indio transmitiera tus divinas palabras; que el indio con su cansancio contribuyera al prodigio, y que en las manos del indio se verificara, se hiciera tu deseo, tu última y suprema voluntad. Querías saber nuestras miserias y ennoblecer á los indios, y juzgaste más conveniente escoger un indio para que éste como tal, re-

presentara á todas las razas, como el paralítico de la Piscina probática, representó á toda la humanidad enferma; como Juan el Evangelista, representó junto á la Cruz, á todos los que habían de creer la doctrina de Cristo en el transcurso de los siglos.

¡Oh Imágen más que las estrellas hermosas! tú eres la obra realizada el 12 de diciembre en las manos de Juan por las manos de la Madre de Dios; tú el medio ingenioso de que se valió la Madre del amor hermoso para que conquistadores y conquistados, estrechamente se unieran; pues teniendo ambos una madre común, ambos debían recostarse tranquilamente en el mismo regazo materno; tú fuiste el recurso encontrado por la Madre de las misericordias, para elevar, defender, y llenar de honor á la raza cuyos hijos eran tratados como bestias de carga, á quien se juzgaba incapaces de civilización y cuya nacionalidad era calurosamente regada ó puesta por lo menos en tela de juicio; pues al prometer á Juan Diego que por tu medio concederías á él y á los suyos su amor, sus misericordias y amparo, que los perfeccionaría, enjugarías sus lágrimas, curarías sus dolencias y aliviarías sus trabajos y miserias, Ella se constituía nuestra protectora y á nosotros nos declaraba capaces de percibir la verdad, de ser inflamados de amor y por ende capaces del cielo; tú finalmente, quitaste del indio las dudas que nublaban su mente, los temores que lo mantenían en los bosques y las desconfianzas que experimentaba en su pecho, pues por tí llegó á conocer que la Religión que tenía por madre á una mujer tan buena, tan amorosa y tan tierna, no podía ser sino celestial y divina. Gracias, Señora, reina de los cielos y tierra; ahora comprendo por qué escogiste á un indio para efectuar tus compasivos designios. Salve, Santa Madre, trono de la Sabiduría y conducto inagotable de las bondades de Dios!

¿Correspondieron los resultados á los intentos de María? Dejádme prescindir

del Conquistador y fijarme tan sólo en la raza subyugada. En ésta fueron tan asombrosos, tan consoladores, que de ella bien se pueden decir las palabras del Profeta Isaías. "*Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam: ambulantes in regione umbræ mortis lux orta est eis.*"

El pueblo que andada en tinieblas vió una grande luz; á los que moraban en la región de la sombra de la muerte les nació la luz. Luz de eficacia admirable que hizo dar vuelcos á los corazones indios y los inflamó de entusiasmo; que arrancó á las familias de sus pobres hogares; que lanzó hacia el Tepeyac á los pueblos, y que hizo que impacientes por contarse entre los fieles de Cristo, no esperaran al misionero, sino que presurosos salieran á su encuentro. ¡Cuántos millares de conversos! ¡Cuántos bautizados! Díganlo, si no, los Gante, los Montolinia, los hijos del humilde San Francisco de Asís y los de la esclarecida Orden de Santo Domingo de Guzmán; díganlo ellos, que diariamente caían desfallecidos y con los brazos rendidos de tanto derramar sobre los conversos las aguas regeneradoras del Bautismo; díganlo ellos en quienes, la expresión del semblante, bien claramente gritaba "*Mesis quidem multa operarii autem pauci,*" díganlo ellos que como testigos de la gracia que irradiaba desde las cumbres del Tepeyac, podrán ponderar hasta donde llegó la eficacia de María en la conversión de los indios.

Si no fué esta la causa, en vano se buscaría otra para explicar un hecho tan semejante en la historia. Aquí la voz de los Taumaturgos no hizo estremecer á la naturaleza, al presentir la perturbación de sus leyes; aquí, los obradores de virtudes, no hicieron ni andar á los cojos, ni oír á los sordos, ni hablar á los mudos, ni ver á los ojos que habían venido al mundo cerrados á la luz; aquí los predicadores de la divina palabra no intentaron conseguir que, con la sombra de sus cuerpos, las enfermedades abandonaran apresurada y repentinamente á los que tenían

postrados en el lecho del dolor, ni tampoco que, al imperio de su voz, los muertos sacudiendo la corrupción, abandonaran la negra mansion de los sepulcros; y sin embargo, gentes bárbaras, degradadas por la ignorancia, cargadas de groseras supersticiones, en general ateistas, piden voluntariamente la regeneración de la gracia. ¿A qué se debe tan estupendo prodigio? No hay que cansarnos, Señores: exclama el Dr. Fernández de Uribe: aparecióse María Santísima de Guadalupe; trajo desde el cielo su copia hermosísima, conjunto de maravillas, un milagro perenne, permanente, continuo: fijó su habitación junto á México, y desde aquí predicando interiormente á los corazones, sin necesitar de repetidos milagros, redujo en breve tiempo estas numerosas provincias: Mexicanos, Toltecas, Totonacos, Otomíes, Tarascos, Huastecos, Matlazincas y otros innumerables se vieron en pocos años, levantar sobre las ruinas de sus impuros ídolos, la Cruz del Salvador.

¡Cante México, himno nuevo á María y al son de los instrumentos músicos deje desbordar de su pecho las santas alegrías! Justo es nuestro indecible placer, pues entre las glorias con que cuenta la nación mexicana, no hay una tan grande, tan legítima y tan pura, como la aparición milagrosa de Santa María de Guadalupe. Con razón, repetimos con los ojos bañados en lágrimas: "*Tu honorificentia populi nostri.*" Tú eres la honra de nuestro pueblo.

Y ¿sería posible que dejáramos destruir la mayor de nuestras glorias? ¡Ah! nó, ¡mil veces nó! Por eso cuantas veces la crítica maligna ha descargado sus golpes, el pueblo mexicano se ha indignado y se ha aprestado al combate. Ciertamente que se han oído algunas veces, los silbidos penetrantes de la serpiente; cierto que ésta, deshaciendo sus anillos se ha deslizado, ya abierta, ya cautelosamente, á la falda del Tepeyac, poniendo asechanzas al cañal de María; cierto que en nuestros tiempos se recrudeció la discusión que en

mil setecientos noventa y cuatro, había provocado el Jansenista Muñoz y que en mil quinientos cincuenta y seis, tuvo sus preludios en Don Francisco Bustamante, provincial franciscano; pero tambien es cierto que cada silbido, cada asechanza cada combate, no ha sido sino un viento que ha arrojado las plumas sobre el papel y hecho crujir a las prensas, de las que han salido brillantes defensas de la aparición de María.

Hoy parece que ha terminado el combate; mas al contemplar los dos campos, cabe preguntar: ¿cuáles han sido los resultados finales? En el campo contrario, yo no lo se. En el nuestro, en el de los que hemos creído, son los siguientes: Libros magníficos que enriqueciendo las bibliotecas, conservarán para las generaciones futuras, los nombres de Cuevas, Anticoli, Dr. de la Rosa, Canónigo González, Illmo Vera y del Pbro. Chávez, cubiertos de gloria; como cubiertos de la misma, llegaron a nosotros los nombres de Marin, del Dr. Guridi y Alcocer, y el de Tornel y Mendivil. Las numerosas romerías que de todas partes vinieron, protestando pacífica y elocuentemente contra la negación Guadalupana. La liberalidad de los acaudalados que abrieron sus tesoros, de los pobres que prestaron su óbolo, de las damas que se arrancaron sus hermosas p-drerías y brillantes adornos, la de toda México que ni un momento quizo ser mezquina con la Virgen indiana. La ampliación y decoración de esta suntuosa Basílica donde se encuentra el retrato de la Santísima Virgen María. El decreto de Coronación y un nuevo oficio, ambos concedidos por el Papa Leon XIII, con los que se ha confirmado el *Non fecit taliter*, de Benedicto XIV. Unas dulcísimas notas que, desprendidas de la lira del mismo Leon XIII, repercutirán por todos los siglos bajo las bóvedas de nuestra insigne Colegiata. Unas fiestas régias sin precedente en los anales de México, con que se ha celebrado la Coronación de la misma Imágen Guadalupana; fiestas celebra-

das no sólo en esta dichosísima Villa, sino tambien en todos los pueblos de la Nación mexicana y aún allende los mares, en España y en la eterna Ciudad de los Papas. Una considerable reunión de jera-cas mitrados, propios y extraños que, al postrarse reverentes ante el altar de nuestra excelsa patrona, dieron testimonio público y solemne de que aceptaban con nosotros la aparición milagrosa. ¡Oh feliz culpa que tanto bien nos hiciste! ¡Oh resultados benéficos que tanto habéis contribuido a asegurar nuestra gloria! ¡Oh felices nosotros que libres ya de temores podemos cantar a Nuestra Madre tiernísima: *Tu honorificentia populi nostri.*"

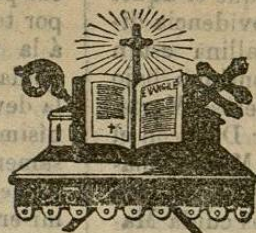
¡Tu eres el honor de nuestro pueblo! ¡oh Santa y poderosa Madre! llegue cuanto antes el deseado momento en que las Américas todas te llamen su principal y esclarecida patrona, para que el nombre de Santa María de Guadalupe sea el dulce encanto de los que habitamos este nuestro continente; para que la montaña del Tepeyac sea la estrella a donde los americanos convirtamos nuestras devotas y suplicantes miradas, para que al resonar en el mundo de Colon el "*Non fecit taliter omni nationi,*" todas las naciones convengan en conceder a México el título honorable de hija predilecta de María.

México, hermosa patria mía, no olvides nunca a Santa María de Guadalupe. En medio de tus amargos infortunios y de tus grandes placeres, recuerda que el Tepeyac fué la pendiente por donde bajó a raudales para tus hijos el bálsamo saludable que se derramó en el Calvario.

(Concluirá).

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM VIII.

GUADALAJARA, MARZO 8 DE 1896.

NUM. 29.

SECCION I.

S. CONGREGACION DE RITOS.

III

Las letanias del S. Corazón de Jesús no pueden rezarse ni cantarse en las Iglesias ni oratorios públicos, ni aun fuera de las funciones estrictamente litúrgicas. Así se declara en el siguiente Decreto:

A sacra Rituum Congregatione expetitum fuit, utrum litanie SS. Cordis Je-

su, quæ per decretum *Pinerolien*, quod circumfertur, quamvis a Sancta Sede approbatæ non fuerint, permissæ dicuntur, saltem extra functiones stricte liturgicas, recitari aut cantari possint in ecclesiis vel oratoriis publicis?

Eadem vero sacra Rituum Congregatio ad relationem infrascripti secretarii re mature perpensa, respondendum censuit: *Negative, et cuilibet decreto contrario derogatum esse per subsequens generale decretum, datum die 6 martii 1894, quo prohibentur litanie quaecumque, nisi existant in breviario aut in recentioribus editionibus ritualis romani, ab Apostolica Sede approbatis.* Atque ita servari mandavit. Die 28 novembris 1895.—CAJ. CARD. ALOYSI MASELLA, S. R. C. Praef. —A. TRIPEPI, S. R. C. Secret.

SECCION III.—VARIEDADES.

SERMON de Nuestra Señora de Guadalupe, por la Diócesis de León.

(CONCLUYE).

Recuerda que en esta montaña está erigido el faro que difundiendo por todas partes su luz, te hizo tomar asiento entre

las cultas y civilizadas naciones. Recuerda por último que así como el pueblo de Israel era el pueblo de Dios, tú eres el

SECCION III.—VARIEDADES.

SERMON

Predicado en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, en la función solemne que celebró la Diócesis de Leon, el 4 de Diciembre de 1895, por el Canonigo Magistral de la expresada Diócesis, LIC. D. ANDRES SEGURA.

(CON LICENCIA ECLESIASTICA).

Tu honorificentia populi nostri.

Juñ, th. XV. ro.

Tú la honra de nuestro pueblo.

Hubo un tiempo en que los hijos de Israel, sacudiendo las cenizas de sus cabezas, arrancando del altar y de sus cuerpos los cilicios, secando sus lágrimas y ahogando los gemidos y lamentos, se entregaron á los trasportes de santa alegría. "Cantemos himnos al Señor," exclamaban todos, al sonar de los panderos y al clamoreo de los címbalos, himno nuevo cantemos á nuestro Dios. *Adonai, Señor, grande eres tñ y muy esclarecido en tu poder y á quien nadie puede vencer; sírvate toda criatura, porque dijiste y fueron hechas, enviaste tu espíritu y fueron creadas, y no hay quien resista tu voz.*

¿Porqué tan repentino entusiasmo después de tantos días de copiosísimo llanto, maceraciones y ayuno? Era que al golpe de una débil mujer se había obtenido esclarecida victoria; era que su nación se había libertado del orgulloso Holofernes, quien había jurado el exterminio de la casa de Israel. Por esto, trepando por escarpadas montañas y salvando no pequeñas distancias, de todas partes venían hombres, mujeres y niños á la Santa Ciu-

dad de Jerusalem, para purificarse y ofrecer holocaustos, votos y promesas al Dios de los ejércitos. Judith, la valerosa Judith, la heroína de tan singular victoria, era reverenciada por todas partes, aclamada y ensalzada por todo el pueblo; y aun el Sumo Pontífice, uniéndose al regocijo comun, la bendecía diciendo: *Tu gloria Jerusalem. Tu letitia Israel. Tu honorificentia populi nostri.*

Justos regocijos. Honras merecidas. Pues ¿qué hubiera sido de los hijos de Jacob sin Judith? Entregada Betulia á los asirios, franqueadas hubieran quedado las puertas de Jerusalem y expedito el camino para que los vencedores llegaran hasta el templo y al altar. Ellos hubieran pasado á cuchillo á los jóvenes, de los niños hubieran hecho su presa y á las doncellas las hubieran reducido á ignominioso cautiverio; mas Judith, con brazo fuerte arrancó de su tronco la cabeza del general esforzado, y el pueblo de Dios, cantando victoria, llamó á su libertadora honor de Israel.

Así ha pasado en México siempre que se ha tratado de la Virgen indiana. Las

alegrías se han desbordado, sin que los pechos hayan sido potentes para contener el fervoroso entusiasmo. Vosotros lo habéis presenciado. No están lejanos los días en que el placer, el indecible placer, echando por tierra cuanto estorba su paso, ha ido en hirvientes oleadas por todos los ámbitos de la Nación Mexicana, como el impetuoso torrente que, rompiendo sus diques, se precipita á la inmensa llanura, inundándolo todo para dejar después la vegetación y la vida. Aquí como en Betulia, los pueblos se han conmovido; y subiéndolo y bajando escarpadísimos montes, y recorriendo inmensas llanuras, han llegado á nuestra santa Jerusalem, para caer de hinojos ante María de Guadalupe, para purificarse y, ofreciendo holocaustos, votos y promesas, decir enternecidos á la excelsa Madre de Dios: "*Bendita eres del Señor sobre todas las mujeres de la tierra.*" Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, porque ha engrandecido tanto tu nombre que no se apartará tu alabanza de la boca de los hombres. Bendita tú que te has portado varonilmente, hiriendo la cabeza del caudillo de nuestros enemigos. La mano del Señor te ha confortado y por eso serás bendita para siempre.

¿Por qué nos entusiasma tanto Santa María de Guadalupe? ¿por qué cuando de ella se trata, el gozo embriagador lanza de nuestros ojos las lágrimas? ¿por qué ante esa imagen bendita hace el sonreír del semblante tan delicioso contraste con el copiosísimo llanto? ¡Ah, señores, recordad que nuestra tierra estaba perdida entre la inmensidad de los mares, que un *non plus ultra* la ocultaba cruelmente á la civilización salvadora, y que las pesadas tinieblas de repugnante paganismo la arrojaban más y más hasta el fondo de muy profundos abismos. ¿Qué hubiera sido de México sin Santa María de Guadalupe? no hubiera visto la luz, cuyos vívidos fulgores ya casi llegaban á los extremos del mundo; juguete de las furias infernales, hubiérase degradado hasta el extremo de hacer que se desco-

nociera enteramente la racionalidad de sus hijos; pero vino la corredentora de la humanidad, la llena de misericordia, la santa Madre de Dios y salvó á los indios que moraban en la basta extensión del Anáhuac. Ella venció al enemigo, asediando en su cabeza golpe formidable; y México, al contemplar tan señalada victoria, gritó alborozado: "Tú eres la honra de nuestro pueblo." *Tu honorificentia populi nostri.*

Os he dicho ya mi pensamiento: no esperéis, al escuchar su demostración, algo que por su novedad os admire; indigente de tesoros científicos, no haré otra cosa que recoger algunas cuantas espigas de la mies abundante que han acopiado en este mismo Santuario, los operarios de la Iglesia Católica. Felices seremos si penetrados del pensamiento indicado, nos enamoramos sin término de la Santísima Virgen María. Y más feliz seré yo si con mis palabras consigo dar incremento á la piedad de mis hermanos, los hijos de Leon, pues de esa manera satisfaré las tendencias amorosas de sus pechos, al venir á este santuario nacional en donde se encuentra la imagen de la Virgen de Sion. Hágalo así el dispensador de los dones divinos. Alcáncelo la Santísima Virgen María á quien saludaremos reverentes llena de gracia. Ave María.

Tu honorificentia populi nostri.

Tú la honra de nuestro pueblo.

Así como la unión con Dios ennoblece tanto al hombre que lo hace consorte de la naturaleza divina, así también degrada y deshonra al mismo la separación de la primera verdad y fuente de todo bien. Si los pueblos antiguos que formaron el gentilismo, llegaron á tan lamentable estado de abyección, como el que relata la historia, sin esfuerzo alguno conocemos que la pérdida del conocimiento de la verdadera Deidad, fué la causa de las densas tinieblas que oscurecieron sus mentes y de las mil supersticiones que envene-

narón sus almas. ¿Qué rectas ideas de justicia, qué ilustraciones para la razón podían encontrar aquellos hombres, cuyas delicias eran rendir los homenajes del culto supremo á las criaturas visibles? Sumerjidos en la más profunda ignorancia del Dios verdadero, no considerando la excelencia de la naturaleza suprema, cuyas perfecciones se encuentran retratadas en las criaturas del mundo; arrebatados por el ímpetu de sus desordenados afectos; impresionados excesivamente por la hermosura de las cosas sensibles, buscaron dioses en las plantas, en el fuego y en los rios; ó á los astros elevaron sus plegarias; ó en los animales depositaron sus postreras esperanzas: ó á los héroes y aun á los mismos tiranos rindieron adoraciones divinas; ó inclinaron, por último, su frente ante imágenes y estatuas que no tenían ojos para ver ni oídos para escuchar.

De aquí que sobre la tierra se vieran para vergüenza de la humanidad, el Fetiquismo, el Sabeismo, la Zoolatría, la Antropolatría, la Idolatría y aun la misma Demonolatría, pues entre la inmensa turba de dioses, cuya turba, según Hesiodo, alcanzó á la cifra de treinta mil, tomaron asiento los demonios y los géneos que se efrecían á la adoración de las tribus errantes, ó se recomendaban dándoles respuestas por los ídolos, ó se acreditaban haciendo ante las multitudes obras estupendas, que á sus ojos pasaron como extraordinariamente admirables.

Tal era el estado de las generaciones que nacieron de los lomos de Adán; tal fué la miseria que deshonró á la pobre humanidad; tal fué el lodo inmundo con que el enemigo común ennegreció los rostros que habían sido sellados con la eterna lumbré del semblante de Dios.

Lamentable aberración de que no se libró ni el mismo pueblo escogido, amantado á los pechos divinos, en el cual floreció la Religión verdadera; en donde se tenían las salvadoras promesas y en cuyo centro se levantaba imponente y majestuoso el faro de las revelaciones divi-

nas, de donde, en rápidas ondulaciones, venían para las naciones del mundo los destellos de la eterna verdad.

En testimonio de esto encontrareis en los libros santos las severas reprehensiones que el espíritu de Dios lanzaba con frecuencia al pueblo de Israel, y los repetidos golpes con que la eterna justicia castigaba á aquella nación de dura cerviz y de incircunciso corazón. En esos mismos libros vereis el razonamiento de Achior quien decía al invencible Holofernes: "Infórmate bien, Señor mio, si el pueblo á quien tienes sitiado ha cometido alguna maldad delante de su Dios; porque si así fuere, el mismo Dios de ellos los pondrá en tus manos y quedarán sujetos al yugo de tu poder." Más si estas voces faltaren, el torrente de Cedron con sus negruzcas aguas clamaría contra los judíos diciendo: "Llegaron á tal exceso de estúpida impiedad y demencia cruel, que los padres acudían en tropel al espeso bosque que se elevaba en el valle que por la parte oriental separa á Jerusalem del monte de las Olivas, y allí consagraban á sus hijos á un ídolo infame haciéndolos quemar en su honor.

¿Qué suerte corrió, entre tanto, la tierra de Anáhuac en medio de aberración tan comun? ¿Sería también pecado de nuestros antecesores el olvido de la verdadera deidad? ¿La idolatría sería también aquí la religión en cuyo seno buscaron los nuestros la satisfacción de los más nobles afectos del alma? ¡Oh Sol, testigo de todas las edades y constante visitador de todas las naciones! tú, que con tus rayos has alumbrado casi uno por uno todos los acontecimientos humanos, ¿dinos qué viste en nuestra virgen America? pero calla, que tus voces no hacen falta, pues acusadores brotan por doquier.

Los bosques, los campos, los caminos y las calles se engalanaron con ídolos que recibieron las adoraciones de un pueblo bárbaro en sus creencias y sanguinario en sus cultos. Hablen el fuego, el aire, el agua y la tierra; las mieses y las yerbas

de los prados, la noche y el infierno; pues todos ellos fueron divinizados por los indios. Den voces los ídolos cuyo número era casi incontable. Clamen los cuarenta mil templos del imperio mexicano y los dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres de la sola ciudad de México. Levántese de sus cenizas el millón de sacerdotes, raza privilegiada cuyo número correspondía al de los altares profanos. Retumbe en este momento en los aires el gemir desgarrador de las víctimas cuyos corazones palpitantes eran ofrecidos al astro de la luz ó el de las que desolladas vivas morían entre dolores crueles. Hágase sentir la cruel desesperación ó de los ahogados en las profundidades del Valle, ó de los muertos de hambre en la oscuridad de los sepulcros, ó de los destrozados á los rudos golpes recibidos en los sacrificios gladiatorios. En vista de esto, decidme: Un pueblo que sacrificaba cada año de veinte á cincuenta mil víctimas humanas; que multiplicaba tan inconsiderablemente sus dioses; que se dejaba dominar de tan groseras supersticiones, no era un pueblo degradado, sin honor y sin gloria?

¡Ah! qué hubiera sido de México sin Santa María de Guadalupe! Dios que en sus profundos é inexcrutables designios ha dispuesto que no bajen de las alturas del cielo los dones que regeneran al mundo, sino pasando por las manos de la Virgen María, no hizo excepción con nosotros y por eso queriendo rehabilitar nuestra raza, queriendo que engrosáramos las filas del ejército cristiano, queriendo que militáramos bajo la bandera que, desplegada en el Calvario, tremolaba ya sobre los palacios de los monarcas de Europa mandó á María para que nos conquistara; á María para que nos diera luz, á María para que nos agrupara cariñosa bajo el árbol sacrosanto de la cruz.

Lo que pasó, vosotros lo sabéis. Ella, Virgen en sumo grado, Madre del verdadero Dios, criador de los cielos y de la tierra, bajó al Tepeyac para destruir el culto de *Centeotl*, á quien los indios ado-

raban como madre de los dioses. Ella, Verdadera Eva ó legítima Madre de los vivientes, á quienes engendró junto á la cruz, en las ensangrentadas rocas del Calvario, descendió á nuestra patria para arrancar de los pechos mexicanos, el amor á la *Tonantzin* ó *Quilastli*, adorada y reverenciada como madre de los hombres. Ella, triunfadora del Infierno y quebrantadora de la antigua serpiente, vino á combatir con una idolatría, entre cuyos dioses estaba el número de *Mixtlán* ó Señor del Infierno, la *Cihuacopnail* ó mujer serpiente, el *Quetzalcoatl*, cuyo nombre significa la serpiente armada de plumas verdes, y el Dios de la Guerra y protector del imperio, cuya estatua que representaba un hombre de estatura gigantesca estaba adornada con cuatro grandes y aterradoras serpientes. Ella, caudillo de las generaciones benditas que, en cumplimiento de oráculos consoladores para la humanidad, había de luchar sin tregua ni cuartel contra la raza de la serpiente maldita, en medio de brillantísima luz, vino á nuestra tierra dichosa llamándose Guadalupe, para arrebatar las víctimas de los sacerdotes, para restañar los arroyos de sangre, para cicatrizar nuestras profundas heridas, en una palabra, para ahuyentar á los que nos comían; ¡Bendita una y mil veces nuestra valiente Judith!

Permitidme, hermanos míos, entrar en consideraciones más correctas. De todas las naciones á que se ha predicado la buena nueva, para que dejando sus antiguas creencias, abrazaran el culto de Dios humanado, tal vez no haya habido una sola que se haya mostrado más dócil que la nación mexicana; aquí no se encendieron hogueras; aquí no se azuzaron las fieras; aquí no se inventaron suplicios, para con ellos quebrantar la invencible constancia de los predicadores del Santo Evangelio, y sin embargo, en los primeros diez años de conquista, la mies recogida fué, relativamente pequeña en número, é insignificante por la calidad de los conversos; ¿por qué causa? ¿qué retardaba la comple-